

ras esta excelente se conocen y que para lucir los trajes oda.



40. Sombrilla de moda.

la el único depó Nueva toalla de el rostro, dando



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 26 — Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes.

10 Junio 1878.

Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVIII.

PRECIOS DE SUSCRICION PARA ESPAÑA Y PORTUGAL.

1.ª EDICION. — DE LUJO Ó COMPLETA.		2.ª EDICION. — ECONÓMICA.		3.ª EDICION. — ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS.		4.ª EDICION. — ESPECIAL PARA MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.		Cuatro números al mes, un figurín y un pliego de patrones de tamaño natural y un pliego de dibujos para bordados cada trimestre.		Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Cuatro números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones y otro de dibujos para bordados.	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		MADRID.	
Un año... 30,00 ptas.	Un año... 36,00 ptas.	Un año... 18,00 ptas.	Un año... 21,00 ptas.	Un año... 13,00 pesetas.	Un año... 27,00 ptas.	Un año... 29,00 ptas.	
Seis meses... 15,50 »	Seis meses... 18,50 »	Seis meses... 9,50 »	Seis meses... 11,50 »	Seis meses... 7,00 »	Seis meses... 14,50 »	Seis meses... 15,50 »	
Tres meses... 8,00 »	Tres meses... 9,50 »	Tres meses... 5,00 »	Tres meses... 6,00 »	Tres meses... 3,50 »	Tres meses... 7,00 »	Tres meses... 8,00 »	
Un mes... 2,00 »		Un mes... 2,00 »			Un mes... 2,50 »		

Los precios de suscripción en UBA, PUERTO-RICO y otras partes de America los fijan los agentes. — En PORTUGAL rigen los mismos precios que en las provincias de España. Agentes en España: En la Península, A. GENTON y en la del URUGUAY D. Federico Calvo y en la de CHILE D. Julio Real y Prado.

SUMARIO.—Explicacion de los grabados, por Juana Falmaseda. — Trajes elegantes de la estacion. — Vestido-blusa. — Vestido-princesa. — Vestido-blusa guarnecido de entredoses. — Chaquetas para niña. — Paletot cubre-pollo. — Paletot adornado de bisbes. — Cofia de mañana guarnecida de puntillas. — Cofia de mañana guarnecida con bordados. — Incajes irlandés. — Puntillas de crochet y trencilla para adornar vestidos de verano. — Peca anti-us: pintura en madera. — Cofia bordada en cuero. — Dibujos de crochet para colcha. — Fleco para transparentes: la bor anudada. — Saco para viaje. — Cuello bordado para vestidos. — Cenefas de trencilla y caballos para vestidos. — Porta-paraus adornado con fleco macramé. — Almohadon bordado sobre terciopelo. — LITERRATURA: La buena Reina Mercedes, por Angela Grassi. — A la muerte de S. M. la Reina de España, poema, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez. — La vidal del camo, por Maria Antonia Gonzalez de A. — Un cajicho de alfeza, del Vizconde Poli, traducido por doña Justina Ruez de Alcar. — El bálsamo de las penas, por Angela Grassi. — Carta á mi distinguido amigo D. Antonio Garcia, por Manuel Galvo y Lopez. — Correspondencia. — Varietades. — Explicacion del figurin 1. 20.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

2 Á 5. VESTIDOS DE LA ESTACION.

2 y 4. Vestido-blusa. — Véanse los números 24, 25 y 34.

Este traje, propio para jóvenes, de percal azul y el cuerpo blusa, se ciñe del talle con cinturón que sujeta los delanteros y espalda, plegados desde el canesú, liso y orillado de un galon bordado, ó sin canesú, como muestra el núm. 4. El núm. 34 ofrece los detalles para la túnica, que es muy sencilla, llevando cada pieza las medidas, y marcando los puntos y las estrellas las distancias que ocupan los pliegues. Galones bordados adornan todo el vestido, ó bisbes de percal de otro tono y puntillas blancas, para lo cual recomendamos los números 24 y 25. Un volante plegado rodea la falda.

3. Vestido-princesa. — Este vestido corresponde al grabado núm. 6 de EL CORREO anterior, que le presentaba por delante, y á él acompañaba la explicacion.

5. Vestido de muselina. — Bullones de 9 centímetros de au-

cho, separados por entredoses de tul ó valenciennes, adornan los paños de delante, de forma princesa, y los de atrás llevan la cola añadida y sujeta por un gran lazo de muselina con encaje y entredós. La falda por abajo va terminada por pliegados y entredoses encima, separados por un bullon. Para los entredoses puede verse el núm. 11.

6. ENCAJE IRLANDÉS.

Está hecho con cinta de medallones, y los calados á cordoncillo y feston, empleándose como adorno de vestidos ó cortinajes.

7 Á 11. CÓFIAS DE MAÑANA.

La primera es un cuadro de muselina de 30 centímetros, redondeada en tres de sus puntas y rodeado de un encaje de 4 centímetros pegado al mismo fondo antes de plegar la cofia alrededor sobre un biés de tul de armar, dejando la punta para delante; lazadas y un retorcido de cinta le completan.

La segunda tiene el fondo de tul, de 33 centímetros de largo por 33 de ancho, y el núm. 11 muestra el dibujo para bordarle con hilo plata; se pliega todo alrededor á un puño de tul, al que se pegan los rizados de tul con los bordados 9 y 10, y le adorna alrededor una cinta con lazo por detrás y encima de la cofia.

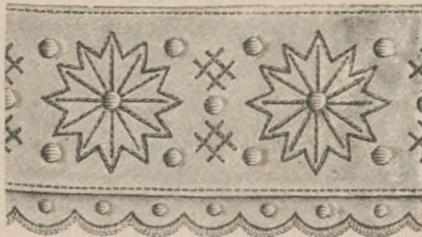
12. ARCA ANTIGUA.

Pintura en madera.

Destínase este mueble al cuatio de un jóven y sirve para ropa ó calzado; tiene 30 cents. de altura por 47 de largo y 34 de ancho, y va pintado de flores sobre fondo negro.

13 Y 14. CEPILLO CON CUBIERTA BORDADA.

El núm. 13 ofrece de tamaño natural un lindo dibujo para el cepillo núm. 14, bordado con seda torcida sobre cubritilla, colocada ésta sobre una tela blanca.



1. Bordado para el delantal núm. 21.



2. Vestido-blusa. Véanse los núms. 4, 24, 25 y 34.

3. Vestido-princesa.

4. Delantero del vestido núm. 2.

5. Vestido de muselina.

15 Y 16. DIBUJOS DE CROCHET TUNECINO.

Ambos se hacen á rayas de dos ó más colores y sirven para colchas ó edredones; los colores verde-oliva y azul claro, ó marrón, azul y pajizo, son de muy buen efecto.

El núm. 15 presenta un dibujo de moñitos ó bodeques que, como indica el dibujo, se obtienen haciendo en un solo punto tres medias barras, cuyos puntos se van conservando para reunirlos en uno como indica la flecha, conservando éste en la aguja para hacer la otra vuelta, como todas las de *vuelta* en el tunecino; los bodeques se hacen un punto sí y otro nó, y se colocan trocados á cada vuelta.

El núm. 16 figura un punto trenzado y cruzado, esto es, tres vueltas de punto trenzado y tres cruzado, las primeras en lana clara y las segundas en oscura; cada vez, ántes de comenzar una nueva vuelta de dibujo, se hace una lisa, y para el trenzado se ejecuta un punto enganchando dos de la vuelta anterior, que se saca en seguida por el punto que tiene la aguja, y se hace otro de cadeneta; el punto cruzado se muestra á medio hacer, y hay que advertir que estos puntos están tomados la mitad de cada uno de los anteriores, y así parecen siempre cruzados. El núm. 13 y la flecha indicadora ayudan á la comprensión.

17 Y 18. PUNTILLAS DE CROCHET.

Ambas tienen la ventaja de hacerse á lo ancho: la primera, que forma conchas, muestra una medio hecha para la mejor comprensión, necesitando despues encima una hilera de dobles barras separadas por tres puntos y colocadas en diagonal.

La segunda puntilla son grupos dobles de tres barras enganchados unos en otros, y con tres picots al volver la vuelta en el borde.

19. FLECOS PARA TRASPARENTES.

Explicada queda por grabados anteriores la ejecución de estos flecos anudados; este que presenta el núm. 19, por su tamaño sirve para una cortina trasparente colocada delante de una ventana.

20. SACO PARA VIAJE.

Este saco es de tela gris, bordado á punto de cruz con encarnado y ribeteado de encarnado tambien; los dos bordes de la abertura cruzan para abrocharse con botones, y el bolsillo exterior que muestra el saco lleva igualmente dos botones para cerrarse. Las cenefas pueden bordarse por las infinitas publicadas en EL CORREO, y sencillamente por el núm. 23.

21 Y 22. DELANTALES PARA NIÑA.

El núm. 21 muestra un lindo delantal de 34 cents. de largo por 94 de vuelo por abajo, formado por cenefas bordadas y guarnecido de volante de percal, bordado como el entredós que muestra el núm. 1; el mismo adorno se repite en el escote cuadrado.

El núm. 22, tambien de percal, muestra por delante el que presentaba por detrás el núm. 5 de EL CORREO anterior.

23. GALON BORDADO Á PUNTO DE CRUZ.

Empléanse siempre con éxito estos galones bordados para vestidos de lanilla, percal de un color y ropa de niños: este va bordado á la cruz y nuditos con tres colores.

24 Y 25. PUNTILLAS PARA VESTIDOS.

La primera está hecha con trencilla de picos que se hilvana sobre un papel, formando las dobles ondas y sujetando los picos á las pequeñas estrellas que ocupan el centro: un feston claro la sujeta de arriba á una tira de muselina.

La segunda está bordada á feston sobre muselina con la tela recortada despues, para dejar el bordado en esqueleto, enriqueciéndole con calados en el interior de las hojas: un feston con picots adorna el borde.

26 Y 27. PORTA-PARAGUAS Ó BASTONES.

El modelo es sumamente elegante. Abajo tiene una cubeta de zinc para contener el agua que pueda gotear de los paraguas, siendo dicha cubeta movable para poderla vaciar fácilmente. Un fleco macramé, hecho en cañamazo Java gris, y que está representado de tamaño natural en el núm. 27, guarneca la montura por delante. Dicho fleco se compone de grupos de seis hebras, y no se obtiene su grueso más que añadiendo otras cuatro hebras rodeadas de un doble nudo, hecho con las dos hebras del centro. El fleco se fija á la montura con puntas de París.

28 Y 29. DOS PUNTILLAS DE CROCHET Y TRENCILLA.

No necesitan explicacion, pudiéndolas ejecutar fácilmente hasta las personas ménos ejercitadas en hacer crochet. Ambas sirven para guarnecer trajes de verano y ropa de niños.

30. ENCAJE IRLANDÉS.

Tambien sirve para los mismos objetos, y produce un efecto sumamente lindo, componiéndose de cinta de medallones y cinta lisa, dispuestas en rosetas y unidas á feston.

31 Á 33. PALETOT CUBRE-POLVO.

El modelo es de mohair gris claro, cortándose por el patron que se dió en el mes de Mayo. El guarnecido consiste en bieses de 4 cents. viveados de negro, que empiezan á 55 cents. por debajo de la cintura, suben por el hombro y bajan por delante, colocados á distancias regulares. Adorno igual en las mangas. (Véase el croquis núm. 33.)

35 Y 36. ALMOHADON BORDADO SOBRE TERCIOPELO.

La forma octógona del almohadon debe dársele despues de concluido el bordado, y sus dimensiones dependen del grueso del cañamazo que se emplea. El modelo, de terciopelo blanco, es un cuadro de 43 cents. de largo de costado, bordado con seda de Argel sobre un transparente de cañamazo, el cual cubre cerca de 36 cents. del cuadro. Se borda conforme indica el modelo típico número 33, á punto gobelino (2 hilos de altura y 1 de ancho) Los colores que se emplean se hallan tambien indicados al pié del grab. 36.

Por debajo, el almohadon va forrado de seda blanca, rodeándole un cordon con borlas que haga juego con el bordado.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correo á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



LA BUENA REINA MERCEDES.

Aunque nuestra voz llegue tarde á mezclarse con el concierto de lamentos que se eleva en todos los ámbitos de España, no por eso es ménos sentida, ménos triste.

Unimos nuestras lágrimas, al tributo de lágrimas que la nacion entera ofrece al ángel que habitó algun tiempo entre nosotros para darnos ejemplos de virtudes; unimos los efluvios de nuestro amor al ardiente amor que habia sabido despertar en todos los corazones.

Las jovencillas que, como ella, acaban de imprimir su planta en la senda de la vida, tenían mucho que aprender de la rectitud de sus ideas, de su digna y noble compostura.

Aunque ceñía su frente una brillante corona, su atavío era sencillo; aunque estaba sentada sobre un espléndido trono, su semblante respiraba modestia y mansedumbre.

Gustaba de los placeres de la vida íntima; buscaba las alegrías escondidas del hogar doméstico; cifraba su delicia en trabajar para los pobres; en enviar secretos consuelos á los infortunados.

Podia brillar como sol en medio de las magnificencias de la corte; preferia ocultarse como violeta, saturando el ambiente de perfumes. Podia decirse de ella como de Jesus, su divino Maestro: que *su reino no era de este mundo*.

Por eso pasaba por entre la muchedumbre, distraida á veces, á veces absorta, pareciendo escuchar sublimes voces interiores que la estimulaban al bien; que la impulsaban á vestir su alma con las galas de evangélicas

virtudes, menospreciando las efímeras galas de la tierra; que la halagaban con imperecederas é inefables recompensas.

Por esto su mirada reflejaba siempre la dulce melancolía del peregrino desterrado de su patria; su voz tenia inflexiones suaves que hacian pensar en las armonías de otras esferas superiores á la nuestra.

Y así, mientras el estampido tétrico y acompasado del cañon, el fúnebre doblar de las campanas, anunciaban acá abajo el luto de millares de corazones, los cielos debieron vestirse de fiesta y resonar con los férvidos hosannas de los elegidos.

¡Oh, cuán bella, jóvenes amigas mías, cuán bella debió aparecer, nuestra buena Reina Mercedes, á los ojos del Altísimo, cuando avanzase hácia su excelso trono, transportada en alas de los serafines, vestida de luz y coronada de estrellas! ¡Cuán pobres y mezquinos debieron aparecer á los ojos de aquella bendita alma triunfante, los festejos con que fué recibida cinco meses há en la Metrópoli de España, comparados con los festejos celestiales, llenos de inefables y eternos regocijos! En medio de su sublime arrobamiento, sólo echaria de ménos el amante esposo, los padres adorados, los pobres y afligidos sus hermanos, los españoles todos, á quienes miraba como hijos.

¿Pero qué importa?

Si estos han perdido á una esposa, á una hija, á una hermana, á una madre, han hallado á una santa, que velará eternamente por ellos desde el cielo.

Jovencillas, hermanas mías, no olvideis jamás su noble ejemplo: cuando el orgullo y la soberbia; cuando el afán de inmoderados placeres, de lujo inmoderado, asalten vuestros corazones, pronunciad en voz baja el dulcísimo nombre de Mercedes, para que os otorgue la inefable *merced* de saber vencer y dominar vuestras pasiones.

Vivid como ella, jovencillas, hermanas mías, para morir como ella, si Dios os llama á sí, amada y bendecida en la tierra; bendecida y exaltada en la patria de los justos.

ANGELA GRASSI.

A LA MUERTE

DE S. M. LA REINA DE ESPAÑA

DOÑA MARIA DE LAS MERCEDES DE ORLEANS Y BORBON.

¡Parece un sueño! Aún resuenan

De los cánticos nupciales

Los dulces ecos alegres

En los vagorosos aires;

Aún la célica alegría,

De dos esposos amantes,

De la fortuna halagados

Con faz de felicidades,

Muestran en leda sonrisa

Los juveniles semblantes.—

Aún ayer las esperanzas

De un porvenir favorable

En aquel feliz consorcio

Cifrábamos anhelantes,

Y la fortuna propicia

Borrando y borrando afanes,

Libertándonos á Cuba

De horribles calamidades,

Parecia nos trocaba

En venturas los desastres.—

Eran de España dos hijos;

Dos ramas del venerable

Arbol altivo y glorioso

Que allá en remotas edades

Crecido en el suelo patrio

Y extendiendo su ramaje,

Héroes dió por noble fruto

Y gloria á nuestros anales.—

Jóvenes, bellos, la patria,

Cariñosa y dulcemadre,

Mirándolos se adormía

En ensueños delirantes.—

Ella era hermosa, sencilla,

Con todos dulce y afable,

Un trasunto de virtud

Y una suma de bondades.—

Él valiente y caballero,

Prudente, cual si alcanzase

Ya en los años juveniles

Lo que la experiencia hace,

En su Mercedes la dicha
Fundaba de su linaje.—
De improviso se ennegrece
El cielo, y el rayo parte;
La muerte su vuelo horrible
Sobre el alcázar abate
Que la corona de España
Por cúpula deslumbrante
Ostenta, y triste un gemido
De sus fuertes muros sale.
—“La Reina adolece:”—corre
La nueva por todas partes,
Y sin embargo se espera:
¡Es tan jóven que los males
No se recelan en ella
Ni peligrosos ni graves:
No se teme que el Destino
En la real niña se ensañe:
Y sin embargo... ¡Oh Dios mio!
¡Parece un sueño! vibrantes
Se oyen doblar las campanas
Que pregonan funerales
Con plañideros clamores:
—“Hay en Palacio un cadáver:”—
Y confirmando este horror
Truena el cañon formidable,
Y la bandera española
Enlutada al agitarse
Repite:—“¡La reina ha muerto,
Ella, Mercedes, el ángel!”
Del corazon por los ojos
Las lágrimas se me salen,
Y al doblar de las campanas
Y al estampido pujante
Del cañon, dolientes preces
Murmuro; siento mi sangre
Helada por el horror;
De mis dormidos pesares
Por las almas que en lo eterno
Tengo, la hiel que renace
Y del corazon rebosa
El duelo viene á aumentarme,
Y, por pagar un tributo
Á obligaciones leales,
Cojo llorando la pluma
Y escribo; más pertinaces
Sollozos, en vez de versos,
En el papel á mezclarse
Van con las lágrimas tristes
Que rebosan á raudales.—
¡Muerta, sí!— Con saña horrible
Fiero el Destino combate
Lo mismo la humilde choza
Que los soberbios alcázares.
¡Muerta, sí!—Diez y ocho abriles
Apénas cumplidos, cae
En la tumba, y en el trono
Flor purísima, fragante,
Deja el perfume exquisito
De su virtud, que implacables
No respetaron las Parcas
En su destruccion fatales.—
Don Alfonso se me viene,
Desesperado, anhelante,
Á la triste fantasía
Que no puede consolarle,
Y ella, la dulce Mercedes,
De la mano me la traen
Mis inocentes queridos
Que en la eternidad comparten
Una existencia gloriosa
Con la reina, con el ángel.—
.....
.....
Si aquestos humildes versos
No os placieren, perdonadme;
Tengo el corazon amargo
Y en la mente delirante
Toman un lúgubre tinte
Mis afanosos cantares.—
No canté tus alegrías,
Rey Alfonso, Dios lo sabe,
Que tengo el alma apenada
Y no la es dado alegrarse;

Mas contigo llorar puedo
Y compartir tus pesares.—
Pudiera el viejo laud
Tañer tanto que saltasen
Sus cuerdas ya enmohecidas
Y físbiles y cobardes;
Pero son de la fortuna
Tan negras, tristes y tales
Las duras inarmonías,
Que hay que dejar que ellas basten
Para hacer el sentimiento
Insufrible por punzante.—
Sin embargo, escucha, oh Rey,
Que un consejo voy á darte:
Antes que hombre de familia
Eres de la España padre;
Devora tus desventuras,
Que el alma á todos nos parten,
Y busca un noble consuelo
Consagrando en sus altares
A la Patria tu existencia;
Que sus destinos son grandes,
Y esta noble Pátria espera
Que justo y bravo la salves.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Madrid 26 de Junio 1878.

LA VIDA DEL CAMPO.

Nunca, si detenidamente fijamos nuestra atencion, puede llegar á cansarnos la reflexiva y tranquila vida del campo; sería un ultraje hecho á la naturaleza; y ¿cómo aburrirnos la contemplacion de una obra tan perfecta de la mano de Dios, cuando tanto nos distrae cualquier obra de la mano del hombre?

Un pintor pasaria su vida admirando cuadros de acreditados autores; un escultor no se vería satisfecho de contemplar como modelo las mejores esculturas de notables maestros: un poeta gozaria en beber la inspiracion leyendo con afan los mil poemas que en la armónica lengua de Homero han sido lanzados al mundo; y uno de esos seres impresionables, aficionados á la música, á ese conjunto de notas que de tan diferentes modos puede estremecer el alma, pasaria la mayor parte de su existencia saboreando, adormecido ó entusiasmado, las producciones de los más célebres compositores.

Pues bien; si el arte, que es el amor á todo lo bello, bajo diferentes formas, puede hallar placer en sus mil atractivos; todos estos atractivos se encuentran poderosamente reunidos en el grandioso cuadro de la naturaleza, porque ninguno tan enérgicamente dibujado ni con tintas tan bellas, uniendo la dulzura y la fuerza, á la más caprichosa hermosura; el gusto de una mano de artista, al sentimiento de un espíritu divino que quiso sin dada derramar todas las seducciones de su poder en un solo cuadro, con los cambiantes de mil y mil luces.

Ninguna escultura con más puros contornos que la naturaleza, cuando en su rico traje de primavera y cubierta por un cielo sin nubes, se mira coquetamente en el espejo de los mares; ved si esas montañas, con sus ásperos precipicios, ó sus vertientes suaves, superan á los más perfectos pliegues del trabajado ropaje de una escultura; ved si esos bosques que esparcen su sombra, si esos lagos que brindan su frescura, si esos valles que se adornan con el matiz de mil flores, no lucen sus poderosos atractivos, como una bella mujer luce sus galas bajo un manto de raso azul, y sobre una alfombra de terciopelo verde.

Ningunos encajes mejor calados por hábil mano, que los blanquísimos encajes que guarnecen de festones las ondas espumosas de la mar: ningun relieve más pronunciado y más suave que el de las limpidas estrellas que se destacan de la azulada bóveda; ningun talle más lánguido y esbelto que el de la melancólica palmera que se balancea pensativa.

Ninguna poesía con más caudal de sentimiento que la eterna poesía de la naturaleza: en el campo todo es poesía, todo idealismo, todo dulces sensaciones ó sensaciones fuertes, los extremos, el contraste, es decir, el interés de la obra.

Un dia puro: hé aquí un amor sereno y delicioso que acerca á Dios; hé aquí un idilio. Un dia tempestuoso: hé aquí un amor agitado que acerca á la desesperacion, fascinándonos tambien de un modo irresistible. La calma, poesía del alma venturosa; la tempestad, poesía del alma destrozada, pero todo poesía; lo mismo en el amor del ruiseñor constante, que en el fuerte murmullo del torrente; lo mismo en el matizado de las flores, que en el ás-

pero pico de la montaña; lo mismo en el dulcísimo suspiro de la brisa, que en el triste quejido del aquilon; lo mismo en el tierno balido de la ovejuela, que en el ronco bramar del trueno; lo mismo en la oracion de la tarde, que en la salutación de la mañana, pues ningun templo, por suntuoso que sea, puede igualar al poético templo de la naturaleza, desde el cual la oracion es más directamente dirigida á Dios, desde donde el incienso de mil flores es ofrecido por la criatura con santo recogimiento que la eleva sobre la pequeñez de esta vida, como elevan las sublimes ideas al espíritu hácia todo lo grandioso.

Melancólica ó risueña, siempre es poética la soledad del campo, siempre es provechosa para el alma y conveniente para el cuerpo; moral y materialmente es, pues, útil á la criatura ese canto poético que eleva la tierra al cielo, y ese manantial de poesía que descende del cielo á la tierra: la criatura así está más cerca de Dios, y Dios, por consiguiente, más cerca de la criatura, dándola inspiracion y dicha.

En las poblaciones la humanidad se agrada ó se molesta; en el campo se vive para el espíritu, y los goces del alma no fatigan, no marchitan nunca, por el contrario, dan vigor para sufrir y encontrar cierta dulzura hasta en el dolor, y ver, gracias al influjo de la poesía, un eden accesible á nuestras miradas, como se ve la nacarada luna entre el trasparente velo de diáfanas nubes-cillas.

Merced á la poesía, que contiene tanta fé como esperanza, y tanta caridad como resignacion, puede la criatura lanzarse á todo lo infinito, y descender purificada á la penosa realidad. El poeta es feliz, muy feliz, porque recorre la senda de la vida mirando siempre al cielo, y no percibe la aridez que en algunas ocasiones le rodea.

Ningun acorde más armonioso que el unísono acorde de esos mil ruidos que se pierden en la inmensidad, como se pierde una gota de agua en el mar y una esperanza en la vida. El eco de la campana que llama á los fieles esparcidos por aldeas, alquerías y chozas, esa voz que dice: ven, aquí está la paz: ven, yo te espero, yo te daré fuerzas; eco al que responde siempre el cristiano, lo mismo desde la rica posesion y desde la poética quinta, que desde la pobre cabaña del más pobre pastor. Ninguna música más grata que el murmurar precipitado de la cascada que al derramar sus aguas, nos muestra, á través de su espuma, los colores del iris por la interposicion de la luz. Y el trino de los ruiseñores que comprenden el amor con todo el idealismo de la poesía, arrullando al objeto de su cariño con las moduladas notas de sus gargantas privilegiadas. Y el variado canto de las mil variadas ave-cillas que forman un concierto de gratitud á la venida del dia, como saludando la primer sonrisa del alba. Y el mugido de los agitados mares que besan con igual empeño un dia y otro dia la arenosa playa. Y ese rumor que forman los árboles cuando el viento mece sus ropajes; ese ruido que parece el de una conversacion divina, incomprendible para el mortal; esa música cadenciosa de las hojas al acariciarse y cambiar, estremecidas de placer, sus frases de cariño que nosotros no comprendemos aunque pretendemos adivinar; ese conjunto de ecos, murmullos y voces que adormecen el alma meciéndola en una atmósfera de apacible melancolia, no puede compararse con ninguna pieza de música compuesta por el hombre, no; el hombre tiene que ajustarse á ciertas reglas, y Dios, en la belleza de sus obras, no reconoce reglas fijas; hay silencio en medio de los ruidos de la naturaleza, y hay murmuradoras voces que se escuchan en el silencio.

La vida del campo endulza el alma, la hace más suave, más flexible, si permitida fuese esta frase; el alma vive en su esfera, el espíritu predomina, y la criatura tiene que prescindir de la materialidad de la vida para lanzar el vuelo de su mente á todo lo ideal, á todo lo soñado, á todo lo infinito.

Además, no solo se despierta en el campo la poesía y el amor al arte, se despierta tambien la caridad, porque veis la miseria de la criatura al lado de la opulenta naturaleza; veis al pobre trabajador, que apenas toma el sustento preciso para seguir su penosa tarea; veis al débil niño careciendo de instruccion y sobrándole penalidades desde su más tierna infancia; le veis expuesto á los rigores de la estacion, y á los de la pobreza; es desgraciado, es ignorante, y sin embargo canta para ahogar su desgracia, y sabe lo bastante en su buen instinto, para admirar á Dios, y para tratar á los animales que para su trabajo le rodean, con más compasion que el hombre civilizado le trata á él, pobre sér, del que podria quizás hacerse un hombre notable, con que el resplandor de la ciencia iluminase su mente oscurecida.

En la soledad del campo se eleva el espíritu hácia Dios por medio de la meditacion, pues no existen los mil obstáculos que á la criatura le ofrece el mundo cuando de-

sea ó necesita recogerse dentro de sí misma: en el campo la vida es acompasada, serena; en el bullicio de la ciudad populosa, a vida es ardiente fiebre que consume la existencia; en el campo se vive con la conciencia de cuantas bellezas la vida encierra, y en la poblacion suele vivirse descontento aun en medio de cuantos goces ofrece la sociedad; y es que Dios recompensa al que admira sus obras, y el hombre no tiene igual justicia, ni igual poder.

En el campo se respira el aliento de Dios traído por el céfiro invisible, y este aliento

inspira: en la concurrecida ciudad se aspira el halito de las mil pasiones humanas que dañan insensiblemente, como perjudicial miasma. Puede gozarse de los placeres del campo

aunque no se viva en él, basta verlo alguna vez para mirarlo luego siempre en nuestra mente, como miramos escenas del pasado, que el recuer-



7. Cofia de mañana.

do reproduce maravillosamente.

La imaginacion es el tesoro de la criatura, y añadiendo el sentimiento, puede el espíritu sobreponerse á la materia, y en alas de la más grata fantasía, volar hácia espacios deliciosos, refugiándose allí de las amargas decepciones de una fría realidad.

Cuántas personas de esas que la sociedad compadece ó ridiculiza por su aspecto indiferente ó distraído, están en el colmo de la dicha, pues viven en el misterioso mundo de sus recuerdos, de sus esperanzas ó de sus soñadas ilusiones.

La naturaleza es un conjunto de poesía, y la poesía es la virtud contraria al vicio del egoismo; la naturaleza viste sus galas con espléndida sencillez, dejando que todos la puedan admirar, del mismo modo que el poeta esparce las delicias de su alma sensible, y que la flor esparce el aroma de su cáliz.

Nada tranquiliza tanto al niño como la mirada de su madre que le besa sonriente y apasionada, enjugando sus lágrimas inocentes con el calor de su cariño incomparable; nada tranquiliza el alma

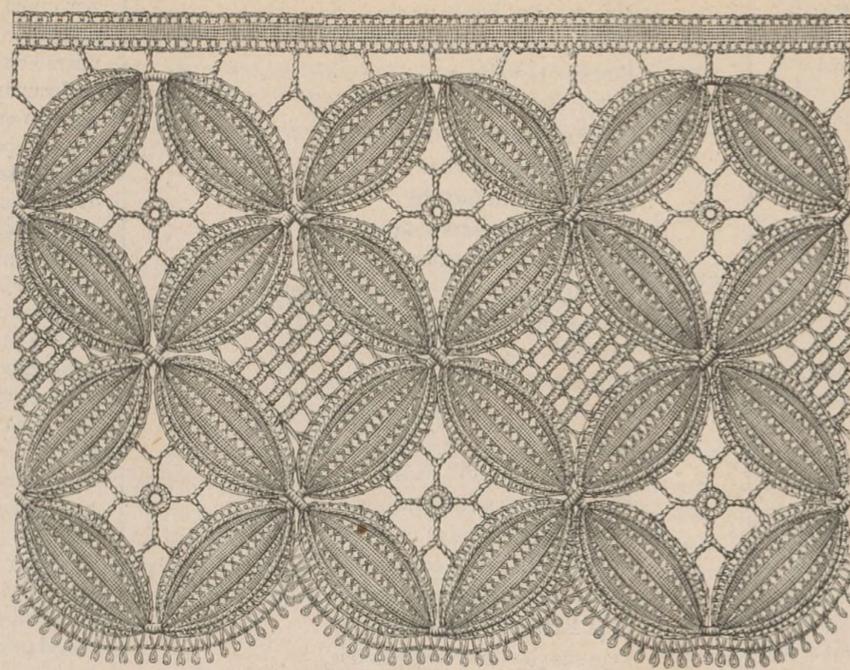
de los que sufren como la paz de una vida apacible en medio de los encantos de la naturaleza; la ciencia puede curar los males del cuerpo, pero solo Dios cura las dolencias del alma, que indudablemente se alivian con la serenidad de una vida en la que todo habla del Supremo Hacedor, desde la elevada sierra, hasta la más diminuta florecilla. La bóveda artesonada de magnífico palacio, puede abrigar la traicion; pero rara vez la bóveda de copados árboles abriga la falsía; bajo su frondosidad solo sentimos emanaciones gratas como la misma dicha, y el rumor dulcísimo de la brisa que al besar la enramada y luego rozar nuestra frente, parece que suspira llena de amor.

Nada más poéticamente bello que una sonrisa á través de las lágrimas; nada más delicioso que la sonrisa de un claro amanecer

abriéndose paso por entre rosadas nubes, para secar las transparentes perlas del rocío, que cual purísimas lágrimas, brillan sobre las perfumadas flores.

La naturaleza dice amores á cuantos saben interpretar sus palabras y sus miradas encantadoras; tímida y sencilla como pudorosa virgen, ofrece al mismo tiempo el contraste de una magestuosa y enérgica constancia para brindar á la criatura sus provechosas lecciones.

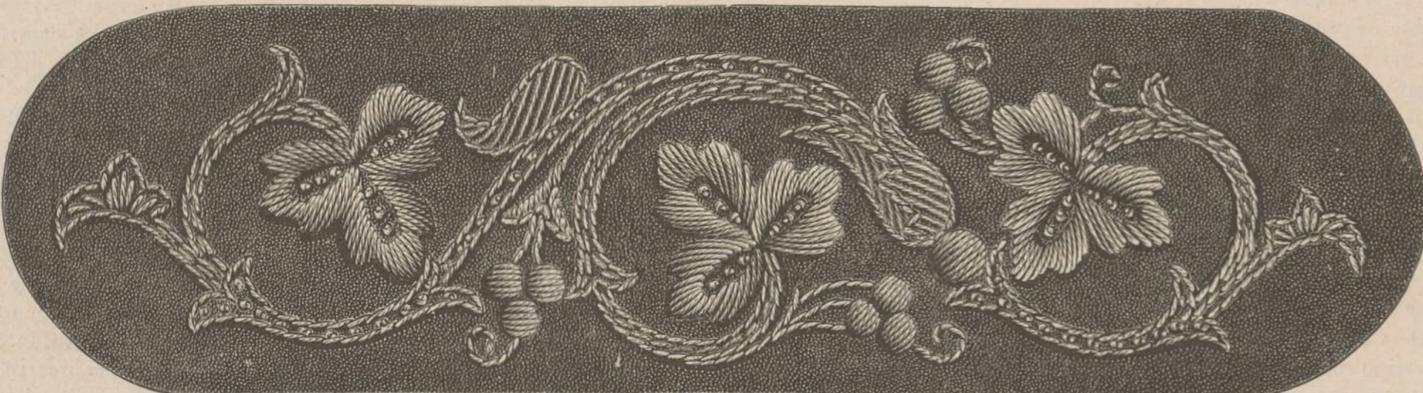
La naturaleza es como todas las ciencias, que más ó menos útiles, no pueden adquirirse sin un profundo es-



6. Encaje irlandés.



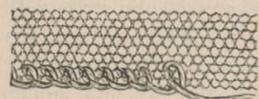
12. Arca antigua. Pintura en madera.



13. Bordado para el cepillo núm. 14.



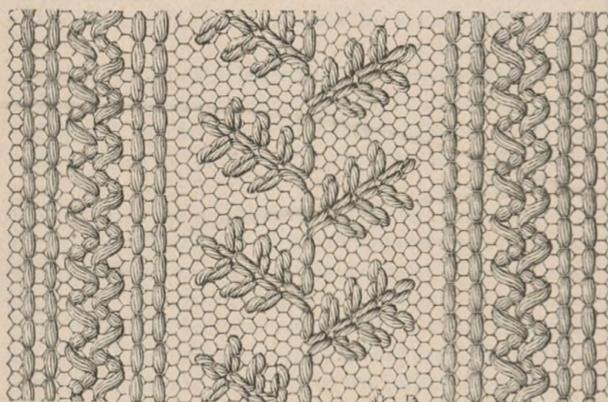
14. Cepillo bordado en cuero. (Véase el núm. 13.)



9. Bordado para la cofia núm. 8.



10. Bordado para la cofia núm. 8.



11. Dibujo para el fondo de la cofia núm. 8.

tudio, sin un detenido exámen que analice cuanto grande existe en cada una de sus pequeñeces, cuanto notable en cada una de las cosas que la costumbre nos hace mirar casi con indiferencia.

El que ama la naturaleza y admira en ella á Dios, es porque su corazón sedient del bien lo busca con el mismo afán que el naufrago busca un punto de apoyo para salvar su desesperada existencia; el que busca el bien, desea practicarlo, y sólo con un buen deseo puede la criatura aproximarse á Dios,

porque tanta es la misericordia del Altísimo, como la debilidad del pobre mortal; y el que sabe aproximarse á la Divinidad y huir de los fal-

sos goces de una sociedad que no siempre es justa, lleva mucho adelantado para la dicha de su vida y para la paz de su alma.

Una larga temporada en el campo, puede decirse que es una prolongada leccion que nos instruye agradablemente y nos fortalece para recibir ese constante oleaje del mar de la existencia, agitacion perpétua de toda sociedad.

Dios se mira en la naturaleza como el sol en el espejo de lago trasparente, y la criatura puede contemplar la imagen de Dios, sólo con fijarse en los mil encantos de la vida del campo.

Zafra, 15 de Mayo de 1878.

MARÍA ANTONIA GONZALEZ DE A.

UN CAPRICHIO DE ALTEZA.

I.

La avenida de los Campos Eliseos en la primavera, es el sitio destinado para reunirse los jóvenes elegantes, que no saben cómo gastar su tiempo y su dinero.

Allí desperdician el uno y el otro á las mil maravillas, y no les digais que están ociosos, porque os responderán que nunca están más ocupados que cuando se ocupan en no hacer nada.

Ellos no incomodan á nadie; hacen su gusto y tienen razon; más bien dejan producto á mucha gente de quien son muy conocidos, por ejemplo:

- A los alquiladores de sillas.
- A los vendedores de cigarros y cerillas.
- A las ramilleteras, etc., etc.

Permanecen allí cuatro ó seis horas pasando revista á la joven aristocrática parisiense, aristocrática de escudo y de escudos. Se lucen los paletots de Renard y los pantalones de chevreuil; se habla mucho, se rie de todo, y francamente, yo quiero mejor una risa sin fin, que un eterno de profundis.

Hay un medio entre los dos extremos; pero no habléis de él á los jóvenes dandys, creerian que tratábais de política, y ellos blasonan de que no son nada y de que todos los sistemas son iguales.

La indiferencia; ved aquí lo que nos ha legado la llamada filosofía del siglo décimo octavo; la juventud del décimo noveno, aceptó la herencia; y desde hace veinte años, ¿qué hombres notables ha producido?

Estas reflexiones me ocurrieron una tarde que estaba paseando en la avenida de los Campos Eliseos. Después



8. Cofia de mañana. (Véanse los núms. 9 á 11.)

exámen que analice
en cada una de sus
able en cada una de
bre nos hace mira

raleza y admira en
su corazon sedient
mismo afan que el
o de apoyo para sal
sencia; el que busca
rlo, y sólo con un
atura aproximarse a



puede decirse que
struye agradable
e constante oleaja
pétua de toda so-

leza como el sol en
te, y la criatura
de Dios, sólo con
la vida del campo.

GONZALEZ DE A.

ALTEZA.

I.
La avenida de
los Campos Eli-
seos en la prima-
vera, es el sitio
destinado para
reunirse los jó-
venes elegantes,
que no saben
cómo gastar su
tiempo y su di-
nero.

Allí desperdi-
cian el uno y el
otro á las mil
maravillas, y no
les digais que es-
tán ociosos, por-
que os responde-
rán que nunca es-
tán más ocupa-
da.

su gusto y tienen
ha gente de quien

as.



bolchas.
bleis de él á los
s de política, y
que todos los sis-

ha legado la il-
la juventud del
esde hace veinte
do?
arde que estaba
Eliseos. Despues



EL CORREO DE LA MODA

Periodico ilustrado para las Señoras.

Calle de la Montera, número 11, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

de haber dado d
vueltas, me sen
sillon al pié de
ja encina, y qui
ner el curso de
samientos; per
por vecinos tres
imberbes, que
ban de todo y cr
con insolente

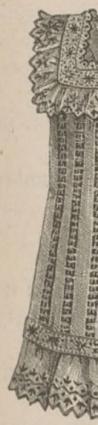


17. Puntilla de

cuantos objet
bajo sus mira
zaudo epigram
zas agudas q
más de innob
festivas.

Yo habia co
mis vecinos; y
ba adquirir a
consoladora s
ventud parisi
vinieron á c
tierra todas m
intenciones.

Un caball
cincuenta añ
llardo, de her
cia y de sim
por delante
muy marcado
extendia por
no de luto, p
hubiera cre
era tranquilo



21. Delan

Cuando p
nos, le salu
El hombr
risa se desli
su saludo; c
continuaba

Hubiera
su nombre;
vecino, per

—¿Quién
llero que a
ludar, Ad
guntó uno d

—No le
—Nó.

—Es mi
sidiario.

—¿Vuest
presidiario

—Sí.

—¿Se llan

—No, e
nombre.

—¿Pues

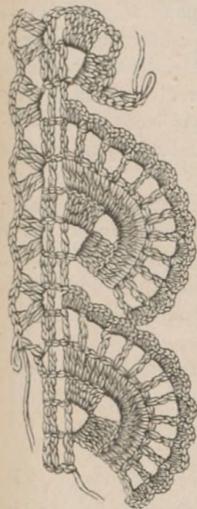
—Porqu

—¿El p
presidio?

—Sí; e
condenado

años de t
zados.

de haber dado dos ó tres vueltas, me senté en un sillón al pié de una vieja encina, y quise detener el curso de mis pensamientos; pero tenía por vecinos tres jóvenes imberbes, que se burlaban de todo y criticaban con insolente cinismo



17. Puntilla de crochet.

cuantos objetos caían bajo sus miradas, lanzando epigramas y chanzas agudas que tenían más de innobles que de festivas.

Yo había contado sin mis vecinos; y si deseaba adquirir alguna idea consoladora sobre la juventud parisiense, ellos vinieron á echar por tierra todas mis buenas intenciones.

Un caballero de unos cincuenta años, alto, gallardo, de hermosa presencia y de simpática fisonomía, pasó por delante de nosotros. Un aire muy marcado de dolorosa tristeza se extendía por toda su persona, iba vestido de negro, pero no de luto, porque le faltaba la gasa en el sombrero, se hubiera creído que llevaba luto por sí propio; su andar era tranquilo y frío, asemejándose á un bello autómatas; y su mirada húmeda y profunda, era la mirada de un hombre de historia.

Debía haber sufrido largo tiempo un mal siempre vivo y tenaz; debió luchar con infernales pensamientos de desesperacion, pero la resignacion habia puesto en aquella frente pálida su sello divino, llevando de la mano hasta su último paso á la criatura que habia salvado del suicidio.

Así pensé al ver el aspecto de este hombre, y me dejé arrastrar hacia él por una extraña y ardiente simpatía.

Cuando pasaba, siempre tranquilo y triste, uno de mis vecinos, le saludaba con respetuosa deferencia.

El hombre vestido de negro volvía la cabeza, una leve sonrisa se deslizaba sobre las líneas severas de su rostro y devolvía su saludo; despues sus rasgos tomaban su habitual expresion y continuaba su paseo.

Hubiera da to cualquier cosa en aquel momento por conocer su nombre; y me atormentaba el deseo de preguntárselo á mi vecino, pero éste no me dió tiempo.

—¿Quién es ese caballero que acabais de saludar, Adhémar?

—¿No le conocéis?

—No.

—Es mi amigo el presidiario.

—¿Vuestro amigo el presidiario?

—Sí.

—¿Se llama así?

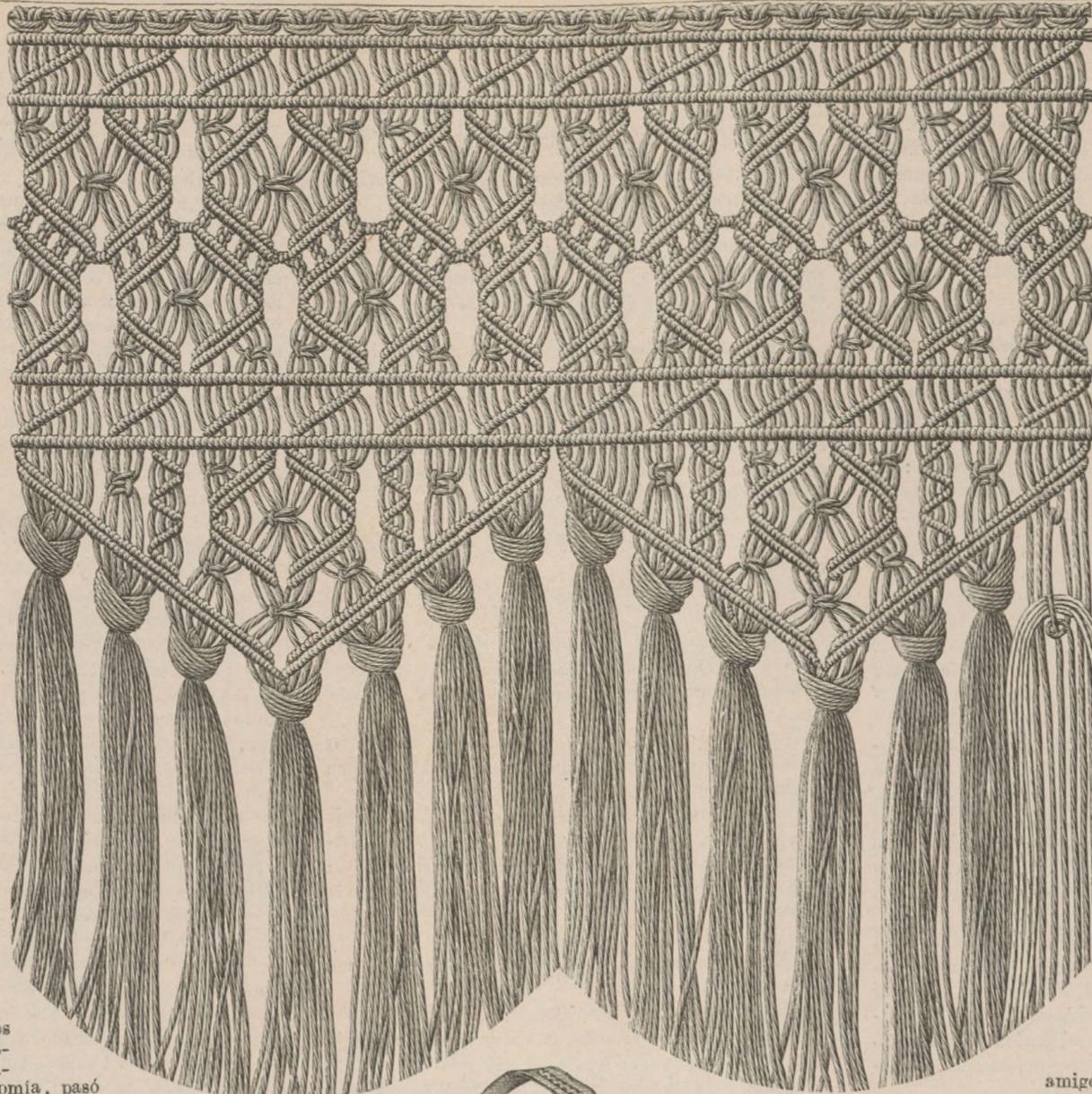
—No, ese no es su nombre.

—¿Pues cómo le lleva?

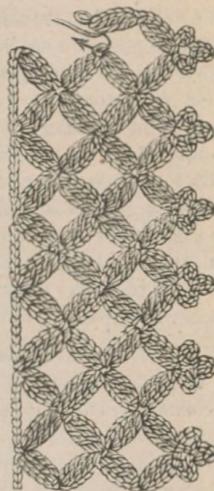
—Porque lo ha sido.

—¿El ha estado en presidio?

—Sí; es decir, fué condenado á cincuenta años de trabajos forzados.



19. Fleco para trasparentes (Labor anudada.)



18. Puntilla de crochet.

—¿Un presidiario!... exclamó el otro jóven con estupor.

—El hombre más leal y más noble...

—¿Un presidiario!... repetía el otro.

—El hombre más honrado del mundo...

—¿Bah!... ¿Os chancceais? ¿No es eso?

—¿Ah! no.

—Pues no os creo, vuestro amigo tiene aire de cualquier cosa ménos de lo que decís.

—Pues os repito y os juro, amigo mio, que ese que acaba de pasar y á quien he saludado, fué condenado haré unos veinte años á cin-

cuenta de trabajos forzados.

—¿Y qué habia hecho? preguntó el interlocutor con asombro.

—Un robo con fractura.

—Vamos, Julio; ¿pero no ves cómo Adhémar se burla de nosotros?

—Os doy mi palabra de honor de que he dicho la verdad, y al llegar las cosas á este extremo, la duda pudiera parecer un insulto.

—¿Y cómo se llama vuestro amigo el presidiario?

—Franz Holberg.

—Franz Holberg, ¿el célebre compositor?

—Justamente.

—V. mos, Adhémar, francamente, estais loco.

—Ni ego, y voy á probaroslo; ¿teneis veinte minutos que perder?

—Todos nuestros minutos son perdidos, ya lo sabeis.

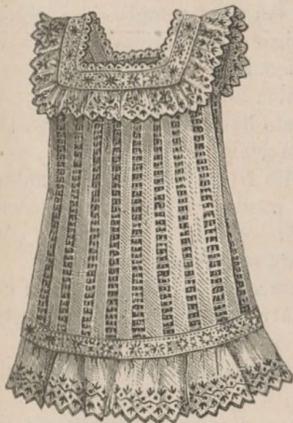
—En ese caso, escuchad.

—¿El qué?

—La historia de mi amigo el presidiario.



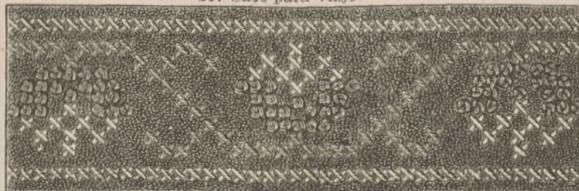
22. Delantal para niña.



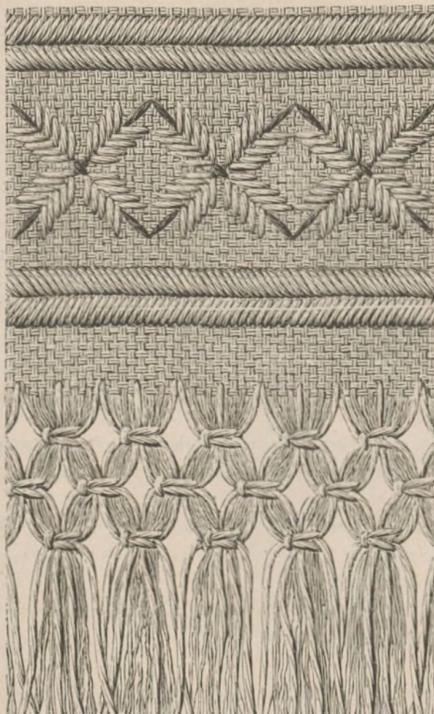
21. Delantal para niña. (Véase el núm. 1.)



20. Saco para viaje.



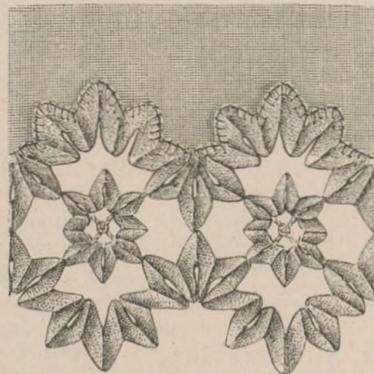
23. Galon bordado para vestidos.



26. Cenefa en gahamazo Java para portaparaguas. (Véase el núm. 27.)



25. Cenefa bordada á feston para vestidos. (Véase el núm. 2.)



24. Cenefa de trencilla y calado para vestidos. (Véase el núm. 2.)

Franz Holberg nació en Fenerbach, á las puertas de Stuttgart; su padre era uno de los jueces más pobres del reinado de Wurtemberg, cuando heredó de un pariente lejano más de quinientos mil escudos.

Laeducacion de Franz se resintió de este golpe inesperado de fortuna; habia terminado sus primeros estudios, y su madre, que era de origen francés, quiso que se le enviase á Paris. Franz estudió derecho en Stuttgart, y debia concluir en Paris su carrera de abogado.

Una mañana, el jóven estudiante, abrazó á su padre y á su madre y montó en la diligencia de Strasbourg.

En Paris hizo lo que hacemos todos, con el pretexto de estudiar, dió en una multitud de travesuras, pero del mal

II.

encontró un bien, quiero decir, que en el seno mismo de sus extravíos, se reveló esa vocación musical que debía hacer ilustre el oscuro nombre de Holberg.

Adios Justinien, Barthole y Cojus.—La cátedra fué dejada por la ópera y el Cidigo por el método. Es verdad que en Alemania todo el mundo nace músico; pero Franz había nacido más músico que todo el mundo.

Sus primeras composiciones, *El canto de la vida*, *La estrella del pastor*, *La campana de Fenerbach*, *La plegaria de una madre*, tuvieron un éxito maravilloso. Los periódicos pusieron en las nubes al debutante, y el público le aplaudió con justicia.

Veis en estos primeros títulos las afecciones más caras de su corazón; empezaba por celebrar á Dios, á la naturaleza y á su madre; Dios le recompensó allanando á su paso todos los obstáculos; siempre son espinosos los primeros pasos en toda carrera; pero Franz sólo conoció las rosas en la suya.

En tanto, el respetable juez Holberg enviaba á su hijo cada trimestre su pensión de setecientos cincuenta francos, acompañándola de una carta por este estilo:

«Nosotros tenemos honra y fortuna, y es preciso tener también honores. Trabaja, pues, sin desmayar, *labor omnia vincit*; debes ir el primero á cátedra y salir el último, aprovechando todos los medios de instruirte. Te vendrás á Fenerbach después de haber tomado el grado, y el Ministro, á quien ya he tenido el honor de hablar de mis esperanzas, te nombrará inmediatamente Consejero en la Corte Real de Stuttgart.—Tu carrera está indicada, á los treinta años será Presidente de Sala, lo que nunca se ha visto. Y ¿quién sabe?... Quizá un día, al salir del palacio, el Presidente Holberg podrá llevar bajo el brazo su cartera de Ministro!... Nuestro porvenir sólo depende de nosotros, como ha dicho el ilustre maestro Mosonheim, trabaja, pues...»

Ved aquí lo que responde Franz invariablemente á la epístola paternal:

«He recibido, mi querido y venerado padre, la carta que os habeis dignado escribirme y la letra que contenía. Vivid persuadido de que mi mayor deseo es llegar lo antes posible á los honores y á la celebridad, y trabajo para ello con todo el valor de mi profunda fé. Abraza á mi buena madre, y soy, como siempre, mi amado y respetable padre, vuestro respetuoso hijo

Franz Holberg.»

El juez de Fenerbach leía con júbilo esta inalterable respuesta, apareciendo á sus ojos lleno de luz y de flores el porvenir de su hijo. En sus sueños veía pasar á un bello joven vestido de negro, majestuoso y grave, con su toga presidencial; reconocía en él á su hijo y sonreía de placer.

La ambición paternal es una egoísta y conmovedora abnegación.

Alguna vez el juez Holberg comunicaba á su mujer sus gloriosas esperanzas, llegando á encariñarse tanto con aquella idea hasta juzgar infalible su realización. La buena Madame Holberg meneaba la cabeza sonriendo, y suspiraba deseando con toda la fuerza de su corazón el regreso de su querido hijo.

La ternura maternal es siempre más grande que la ambición.

Así corrieron cinco años: Franz tenía entonces veintisiete, y era llegada la época de volver bajo el techo paternal. El juez creía buenamente que su hijo había tomado ya todos los grados, y esperaba de un día á otro ver el patache de Fenerbach detenerse á su puerta.

Este pensamiento le tenía en éxtasis.

Una mañana el maestro Cornelius Muhlh, decano de la judicatura wurttembergense, entró en casa de Holberg con un periódico en la mano.

Después de los cumplimientos acostumbrados, el venerable decano dijo sentándose:

—Vengo á felicitaros, mi querido colega.

—¿A felicitaros! ¿Y por qué, mi querido amigo? preguntó el juez.

—Por tener semejante hijo.

—¿Mi hijo!... exclamó el buen padre; ¿qué ha hecho? ¡Oh! él es ya abogado y uno de los más hábiles juristas, ¡no es esto? Estoy casi seguro de que á eso aludís... ¡mi querido Franz!

El buen padre dejaba correr las lágrimas de sus ojos.

—¡Hé... eh!... colega, replicó el decano sonriendo, ¿de qué habláis? parece que le estais ya viendo en la audiencia con su toga de abogado, y no es eso ciertamente de lo que se trata. Vuestro hijo ha hecho bien en ser más que un simple magistrado, como lo sois vos y lo soy yo. Ha tomado otra carrera que le ha conducido á la cumbre de la gloria. Hoy es un gran hombre, y Fenerbach debe estar orgullosa de ser su cuna.

Había algunas cosas oscuras para el juez en las palabras que acababa de pronunciar el decano; pero creyó entrever la luz á través de aquella oscuridad, imaginán-

dose ver clara la realización de sus sueños, más pronto todavía de lo que esperaba.

—En fin, ¿qué es mi querido Franz? aún no nos lo habeis dicho, señor Cornelius, dijo Madame Holberg.

—Sí, sí; balbuceó el padre ahogado de júbilo, ¿qué es?

—Leed.

El juez tomó apresuradamente y orgulloso el periódico que le tendía su colega, y leyó:

Nos escriben de París.

«El nombre de Holberg está en todas las bocas y se agotan para él todos los elogios; su última composición es una obra maestra que deja muy atrás todas las precedentes.»

El juez de Fenerbach se detuvo para levantar la cabeza con orgullo; lágrimas de júbilo rodaban por sus mejillas y miraba al viejo decano como para decirle: «Es de mi hijo de quien se habla, de mi querido hijo, á su edad, ya lo veis, es uno de los más distinguidos juristas de la Francia; luego miraba á su mujer como diciéndola: ¿tenía yo razón en esperarlo?»

A poco continuó su lectura:

«Glück, Dalayrac, Mehul, no han hecho nada más conmovedor.»

—Estos son sin duda juristas franceses, pensó el buen hombre.

«Los príncipes han felicitado con efusión á Holberg en casa de su alteza real Madame la Delfina, donde tuvo el honor de ser invitado á comer el Jueves 7 de este mes.»

Al llegar aquí Holberg, pronunciaba cada una de las sílabas como si tratase de desenredar los hilos de un enigma inesperado.

«Su Alteza real aplaudió con entusiasmo *La Plegaria de una madre*, esa melodía angélica que el joven y brillante pianista ha interpretado de una manera maravillosa; no se sabe qué admirar más, si la composición ó la ejecución.»

—Y bien; dijo el decano sonriendo.

—Este no es mi hijo, exclamó el juez, entregando con rabia el maldito papel.

—Sí por cierto; respondió Cornelius.

Madame Holberg se calló, había reconocido á su hijo en el solo título de *La Plegaria de una madre*.

—¿Este no es mi hijo!... no es él, repitió el desgraciado padre, evocando el bello fantasma de sus sueños ambiciosos; es imposible, no es él!...

—Continuad, dijo sencillamente el decano.

El juez Holberg levantó los ojos al cielo como pidiéndole fuerzas, y siguió leyendo algunas líneas.

De repente se le vio palidecer, vacilar como un hombre ebrio, y rodar al fin sobre el pavimento.

Hé aquí el final de la correspondencia parisiense.

«Nuestros lectores nos agradecerán que les demos algunos datos muy precisos sobre el ilustre compositor.

«Holberg nació en Fenerbach, en el reino de Wurtemberg, el 14 de Noviembre de 1708. Sus padres viven todavía; su padre es uno de los jueces más distinguidos del país, destinaba á su hijo al bufete; pero felizmente su irresistible vocación ha triunfado de Holberg, como en otro tiempo triunfó de Rameau.»

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA DE COSTUMBRES

Original

DE ANGELA GRASSI.

(Continuación.)

En efecto; elevóse un sordo murmullo en el salón, y todos se pusieron á cuchichear en voz baja, fijando sus miradas atrevidas y burlonas sobre Cláudio, que se hubiera marchado si Eugenio no le hubiese retenido vivamente cogiéndole del brazo.

—¿Pero cómo? decía uno. ¿Es ese estantigua el Mesías prometido?

—¿Parece una figura arrancada de un tapiz, decía otro, y temo que sus doctrinas sean rancias doctrinas de otro siglo!

—Silencio, que va á leer, exclamaba un tercero. ¡Debemos dar gracias á Eugenio por habernos proporcionado un rato tan divertido!

Genoveva sufría horriblemente al oír ó adivinar estas murmuraciones, y su frente estaba inundada de sudor.

Aquella fiesta no había sido del agrado de Nicolás, que como siempre, permanecía al lado de la joven; los celos habían concitado una violenta tempestad en su alma, desde hacía algunos días le devoraba la calentura;

sin embargo, amaba con pasión á su hermano, y al ver la irónica acogida que se le dispensaba, se sintió arder en generosa ira, y fué á colocarse junto á él como para servirle de escudo, dirigiendo en torno suyo miradas provocativas de desafío y venganza.

En medio de aquella tormenta de cólera y sarcasmo, Cláudio empezó á leer.

Empezó á leer tartamudeando y con voz temblorosa, tan temblorosa, que á penas dominaba las risas comprimidas de los circunstantes; pero poco á poco fué creciendo, poco á poco fué tomando una entonación energética y sonora, coloreáronse sus mejillas, irguió la frente, y brotó de sus labios un raudal de elocuencia persuasiva, y tan brillante, que á las risas sucedieron exclamaciones arrancadas por la sorpresa, la admiración y el entusiasmo.

Redoblóse el de Cláudio con estas muestras de aprobación; entregóse por completo al sacro furo que le abrasaba el alma; olvidó al mundo y hasta á Genoveva, y remontándose en alas de su genio, apareció como un semidios á los ojos de cuantos le escuchaban, subyugados, trémulos, conmovidos.

Lágrimas de placer y de enternecimiento brotaron de los ojos de Eugenio, Nicolás y Genoveva, que creyeron segura la victoria; pero no conocían bastante bien toda la pequeñez del corazón humano.

Con el último acento de Cláudio cesó el encanto, y los rígidos aristarcos se pusieron al instante sobre sí: ¡un bravo, ni una palmada vino á demostrar que había logrado conmovér y cautivar á su auditorio!

Sucedió á su discurso un silencio glacial y prolongado.

—¿Y bien? preguntó Eugenio con angustia, dirigiéndose á una de las más ilustres eminencias literarias.

Éste se quitó los anteojos, los limpió, volvió á colocarlos sobre sus narices, y dijo con tono magistral:

—Pse, pse! necesita estudio...

—¿Estudio? exclamó Eugenio desconcertado.

—Con este artículo se podrían hacer tres... Cuida mucho del fondo y poco de la forma... Hay mucha poesía, mucho entusiasmo, y no se halla en armonía con las ideas de este siglo razonador y positivo.

—En este siglo del vapor, dijo Nicasio mezclándose en la conversación, debe escribirse á la lijera... ¿Quién tiene paciencia para seguir al autor en sus profundas lucubraciones?

—Es pesado, muy pesado.

—Su escrito es como su figura: un anacronismo.

Formóse un corrillo alrededor de Eugenio, y animándose los unos á los otros, cruzáronse los chistes y las agudezas, y se renovaron las risas comprimidas, procurando de este modo desfogar su envidiosa saña y acallar los gritos de su conciencia.

Eugenio se apartó de ellos con disgusto.

—Escucha, dijo á Nicasio llevándole á un rincón, ¿no decías tú antes que era un genio?

—Sí por cierto, respondió Nicasio con su acostumbrado cinismo, en privado pueden confesarse esas cosas; pero en público jamás. ¿No ves que el banquete es muy pobre y somos muchos para recoger sus migajas?

—Pero es preciso decirle algo, exclamó Eugenio desesperado. El infeliz está allí solo y debe sufrir horriblemente!

El primero que había hablado se dirigió hácia Cláudio.

—Bien, joven, muy bien, le dijo con aire de protección; tiene V. felices disposiciones, y con el tiempo... Para llegar á ser algo, es preciso emborronar mucho papel y romper muchos borradores.

—¿Pero yo contaba con ese artículo para el primer número! dijo Eugenio haciendo un postrer esfuerzo. ¡No olviden Vds. que si he fundado el periódico ha sido exclusivamente con el objeto de dar á conocer un talento que puede ser útil á las letras y á la patria!

—¿En el primer número? exclamó el de los anteojos, ¿está V. en su juicio? ¿Eso fuera desacreditar la publicación, que nacería ya muerta! El primer número, además de buenos artículos, necesita buenas firmas, más adelante, no digo...

—Caballero, dijo Genoveva levantándose con majestad y viniendo á colocarse al lado del abatido Cláudio, usted que es galante hasta lo sumo, no ignorará que nuestro sexo goza de envidiables privilegios, privilegios que hoy reclamo.

Supuesto que somos las únicas que hemos obtenido la distinción de asistir al certámen, creo que nos permitirán Vds. que imitemos á las damas de la Edad Media, tomando bajo nuestra protección al novel paladín, y permitiéndole que se lance á la arena escudado con nuestro nombre y llevando nuestra divisa.

Yo me inclino, señores, delante de la reconocida ilustración de Vds., pero reclamo mi privilegio para usar de él como mujer que no sabe juzgar, pero sí admirar y

sentir, dejá

to del alma

Este epíg

zura, que le

amor propi

—Nada e

decir Euge

intrincado

Brilló la

noveva ton

cólera en lo

fo de su he

que amaba

—Y ahor

sa, dirigién

sobre el ar

me negará

ción, que s

—¡Despt

exclamó el

—¡Oh, d

de aparece

be que al i

rayos!

Esta lisc

oidos del

manuscrit

—¡Quier

ver á mi a

Cláudio

Nicolás

lla que hal

tarde, por

invitación

Entreta

nes, y emj

Termin

los circun

que éstos l

—¡Sabe

—Sí; re

que sonríe

palmada.

prodigan

ñana los

tusismo!

En efec

do con un

para felici

murmura

—Malc

¿Qué es

mismo.

—Este

golfo en c

pasiones.

aguas y

rientes d

—¡Oh,

litarios,

mundo d

llena de

usted me

publique

mas que

sería m

—Clá

conform

el rayo

una me

las igno

cuando

to para

pretend

—¡Al

noveva

Cláu

un prof

manos.

Un s

dio lev

Las

borizar

No s

des lo

¿Qué

magnet

sér de

niendo

za era

dos el

exclar

que de

sentir, dejándose arrastrar únicamente por el sentimiento del alma.

Este epigrama fué pronunciado con tal suavidad y dulzura, que los escritores, aunque se sintieron heridos en su amor propio, no pudieron manifestar su resentimiento.

—Nada es posible negar á la hermosura, se apresuró á decir Eugenio, contento con hallar una salida en tan intrincado laberinto.

Brilló la alegría en los ojos de Cláudio al ver que Genoveva tomaba tan generosamente su defensa, brilló la cólera en los ojos sombríos de Nicolás, que quería el triunfo de su hermano, pero no quería que se lo debiese á la que amaba.

—Y ahora, repuso Genoveva con la misma fina sonrisa, dirigiéndose al que tan magistralmente había fallado sobre el artículo de Cláudio, en castigo de mi avilantez, ¿me negará Vd. el placer de oír su artículo de introducción, que según me han asegurado es magnífico?

—¡Después del brillante que acabamos de escuchar! exclamó el escritor con jactanciosa ironía.

—¡Oh, dijo vivamente Genoveva; el sol no se desdénia de aparecer en medio de las tímidas estrellas, porque sabe que al instante quedan eclipsadas con el fulgor de sus rayos!

Esta lisonja no dejó de resonar agradablemente en los oídos del escritor, que se inclinó y sacó del bolsillo su manuscrito, mientras Genoveva decía á Cláudio:

—¡Quiero Vd. prestarme el apoyo de su brazo para volver á mi asiento?

Cláudio obedeció sin saber apenas lo que hacía.

Nicolás frunció el entrecejo, y se abalanzó hácia la silla que había vacante al lado de Genoveva; pero llegó tarde, porque la ocupó su hermano, obedeciendo á otra invitación de su hermosa protectora.

Entretanto el escritor tosía, hizo muchas contorsiones, y empezó á leer con tono pretencioso y altisonante. Terminado cada período hacía una pausa, miraba á los circunstantes, y sólo continuaba su lectura después que éstos le habían contestado con algunos bravos.

—¡Sabe leer! dijo Cláudio por lo bajo.

—¡Sí; respondió Genoveva; se parece á una bailarina que sonríe lascivamente al público para mendigar una palmada. Esto es prostituir las letras. Los mismos que le prodigan esos bravos se rien de él en voz baja, pero mañana los periódicos dirán que ha excitado vivísimo entusiasmo, y así se forman las reputaciones en el día.

En efecto: el escritor al finalizar su lectura fué acogido con una salva de aplausos, y todos se acercaron á él para felicitarle, mientras que los que estaban apartados murmuraban:

—¡Mal! muy mal! detestable!

—¡Qué es esto? exclamó Cláudio como hablando consigo mismo.

—Este es el mundo, respondió Genoveva: es decir, el golfo en donde se chocan las oleadas de las embreadas pasiones.... ¡Dichosos los que pueden dejar sus turbias aguas y deslizarse su frágil barca sobre las mansas corrientes de los ríos!

—¡Oh, sí, felices los que pueden vivir tranquilos y solitarios, dijo tristemente Cláudio. ¡Dos veces he visto el mundo de cerca, y dos veces me he retirado con el alma llena de amargura! ¡Gracias por la noble protección que usted me ha dispensado, Genoveva, pero no quiero que se publique mi artículo, no quiero! El mundo emplea armas que ni yo conozco ni quiero conocer, y luchar con él sería morir!...

—Cláudio, replicó la jóven con dulce tono, es preciso conformarse con los decretos de la Providencia. Si crea el rayo es para que purifique la atmósfera; si ilumina una mente con la luz del genio, es para que irradie sobre las ignorantes turbas.... La flor exhala su perfume, y cuando la Providencia quiere, manda una ráfaga de viento para que se lo robe y lo esparza por la llanura. Yo pretendo ser esa ráfaga de viento, Cláudio.

—¡Ah! murmuró el jóven, y sus ojos se fijaron en Genoveva con expresión tal que ésta bajó los suyos.

Cláudio, asustado de su mismo atrevimiento, exhaló un profundísimo suspiro y escondió la cabeza entre las manos.

Un suspiro de Genoveva respondió á su suspiro. Cláudio levantó la cabeza.

Las miradas de ambos se encontraron, y ambos se ruborizaron y ámbos palidieron.

No se dijeron ni una sola palabra; pero resonaron acordes los ecos de sus palpitantes corazones.

—¡Qué había pasado entre ellos? ¡Qué atracción, qué magnetismo era aquel que los unía, formando un sólo sér de dos séres, cuando su razón los separaba, interponiendo entre ambos un abismo? ¡Qué voz de la naturaleza era aquella que gritaba, apesar suyo, estamos formados el uno para el otro? ¡Qué luz sobrenatural era la que esclarecía sus mentes, iluminando caracteres misteriosos que decían: Dios nos ordena amarnos?

¡Oh, arcano indescifrable el de dos almas separadas aquí bajo por invencibles obstáculos y que vuelan, no obstante, la una hácia la otra, rompiendo todos los lazos, venciendo todas sus convicciones, á despecho del mundo, á despecho de sí mismas! ¡Será que se hayan conocido en otra mejor esfera? ¡Será que deban ir á reunirse en otra esfera de dichas y consuelo? ¡Ah! sí: irán á reunirse en otra esfera si luchan y vencen con su propio instinto, si permanecen fieles al deber, adictas á la virtud!

Cláudio y Genoveva, pálidos, trémulos, con los ojos llenos de lágrimas, con el corazón lleno de sollozos, pero experimentando delicias angélicas y desconocidas, guardaron silencio, saborearon en silencio los trasportes de un amor puro y correspondido.

Ah, si; hacían como Galileo, cuando exclamaba en presencia del martirio y á pesar del convencimiento de su razón, *e pur si muove*, hablando de la tierra: ellos también en presencia de la realidad terrible y de su convencimiento moral, se decían en voz baja: *¡y sin embargo, nos amamos!*

¡Santas y dulces palabras que reasumen todas las felicidades de la tierra, que deben reasumir todas las delicias de los cielos!...

Pero Genoveva tomó una resolución repentina: no se adaptaba su carácter á la ficción y el disimulo.

—Cláudio, exclamó con voz trémula y anhelante. Dígame V. la verdad; de la verdad que ahora pronuncien sus labios depende nuestro ulterior destino.

¡Oh, cómo áquel nuestro resonó dulcemente en el corazón de Cláudio!

—Un día cuando estábamos en el campo, repuso Genoveva más y más agitada, más y más conmovida, Nicolás habló á Cláudio delante de mí, de sus amores de Vd., de su próximo casamiento... ¿Es cierto?

—¡Amores yo! ¡casarme yo! exclamó Cláudio con ingenua sorpresa.

—¡Hermano, que van á leer! dijo una voz vibrante á su lado.

Era Nicolás que estaba de pié delante de ellos; era Nicolás, que adivinaba lo que pasaba entre ellos, por medio de la intuición del alma.

Estaba lívido, vacilante; parecía próximo á sucumbir á la desesperación que le agitaba. Sus manos plegadas sobre el pecho, sus ojos fijos en Cláudio con expresión suplicante, parecían pedirle un inmenso, un heroico sacrificio...

Cláudio recordó con espanto aquella noche última que pasó en Santanler; la violencia tumultuosa de aquel dolor que le había anonadado; aquella amenaza de suicidio si no conseguía la realización de sus deseos.

Cláudio apartó presuroso la vista de su hermano que le recordaba tan cruel escena, y sus miradas se fijaron en Eugenio, su bienhechor, cuyas confidencias había recibido, en cuyo hermoso rostro se veían esculpidas las huellas de un hondo sufrimiento. Y de Eugenio pasaron sus miradas al banquero, su otro bienhechor, el generoso apoyo de su familia, á quien tan amarga pesadumbre había causado la conducta de su hija.

—¡Cuántas víctimas, pensó, y la primera de todas Genoveva, que se arrepentirá luego, que luego maldecirá minombre!

La batalla que estas reflexiones suscitaron en su corazón fué espantosa: duró sólo un segundo; ¡pero qué segundo tan interminable, compendio horrible de todos los tormentos del infierno!

—¡Es cierto? repitió Genoveva con lentitud angustiosa.

—Sí, balbuceó Cláudio, sintiendo que con aquel sí se destrozaban todas las fibras de su alma.

¡Un velo cubrió sus ojos; su corazón cesó de latir: le pareció haber muerto! ¡Ah; que son mil veces peores que la muerte estas victorias de la virtud, que sólo ofrecen en perspectiva un interminable eslabonamiento de lágrimas y penas! ¡El que muere tiene la imaginación turbada, el espíritu desfallecido, sucumba bajo el peso de lo que es ineludible; el que vence un grande, un poderoso deseo, tiene la mente despejada, el corazón lleno de vida, puede escoger el goce y escoge la amargura; puede escoger la luz y se sumerge por su propia voluntad en las tinieblas. ¡Oh, cuán bellas, cuán bellas serán las coronas que los ángeles le preparen en el cielo; cuán perfumada será la copa de néctar que apurará por todos los siglos de los siglos en el inmortal Sagrario!

Genoveva se levantó humillada, herida en lo más íntimo de su alma, y fué á sentarse al lado de Cláudio.

Nicolás la siguió y se sentó á su lado. No se movió de su lado en todo el resto de la noche.

Y mientras Genoveva devoraba en silencio sus lágrimas de dolor y de despecho, Cláudio permanecía clavado en su asiento sin ver ni oír nada de cuanto pasaba en torno suyo, fijos los ojos en el suelo, cruzadas las manos sobre las rodillas. Cuando todos se retiraron, se retiró también con un autómata, se dirigió como un autómata á su casa.

Tendióse en el lecho, del que no volvió á levantarse en quince días, abrazado por la fiebre, torturado por el delirio.

Llamáronse á los médicos: los unos dijeron que era un espasmo, los otros un arrebato á la cabeza, ninguno sospechó que tenía traspasada el alma!

CARTA

Á MI DISTINGUIDO AMIGO EL LITERATO D. ANTONIO FERNANDEZ GARCÍA.

Madrid 30 de Junio de 1878.

El miércoles 26, á las doce y cuarto de la mañana, of los disparos de cañon que anunciaban á los habitantes de Madrid la muerte de la Reina de España, Doña Mercedes Orleans de Borbon.

La sangre se me heló en las venas; mi rostro palidicó, y una lagrima rodó por mis mejillas.

Contaba apenas la infortunada señora diez y ocho años y dos dias; era hermosa, modesta y virtuosa...

Aun parece que la estoy viendo, mi querido Antonio, el día en que tuvimos la honra de ir á palacio á saludarla, sentada en el trono, no con la afesación de reina, sino con la bondad de una madre que recibe alegre y cariñosa la felicitación de sus hijos.

El pueblo había ya dicho que era un ángel, y hay un adagio que dice: *voz del pueblo voz del cielo*; el pueblo español no se había equivocado, Doña Mercedes era un ángel.

¡Admirable intuición del pueblo para conocer á la egregia reina que ocupó el trono de Doña Isabel I, digna sucesora del héroe de Covadonga, y patrocinadora del gigante de dos mundos!

¡Si yo fuera poeta!...

Si yo fuera poeta, consagraria mi inspiración al recuerdo de la reina Doña Mercedes, impasado solamente por la admiración que siempre me causó y el respeto que siempre también la he tenido.

¡Pero no soy poeta!

Siento el dolor que hoy embarga á España; pero me falta númen para expresarle por medio de la poesía,—de ese lenguaje, bello, sublime, por el cual toman cuerpo todas las imágenes.

Si yo tuviera tu talento; si yo supiera escribir como tú... pero aun con la dureza y la vulgaridad de mis palabras, afirmaré que la historia de la mujer es la historia de todo lo grande y noble que hay en el mundo, y mucho más cuando esa mujer es como Doña Mercedes, que cual Camma, reina de Gálata, fué elevada entre todas por Sanatus, porque era espejo de virtudes, ó cual Artemisa, reina de Coria, modelo de fidelidad y conyugal ternura.

Nuestra amada y malograda reina tenía toda la abnegación de Paulina, mujer de Séneca, y si hubiera sido necesario, se hubiera sacrificado como aquella por su esposo y por su patria... Marió como U., santa reina de Saccia, como mueren los justos, y su nombre, como el de aquella, simbolizará siempre la resignación, la bondad y la paciencia.

Roguemos á Dios, Antonio, no por ella, porque los ángeles no necesitan oraciones; roguemos á Dios pidiéndole el consuelo para toda la familia real, para el pueblo español, hoy afligidísimo por su inmensa desgracia.

MANUEL LOPEZ CALVO.

Este año, como los anteriores, el *Colegio del Pacífico*, situado en el barrio del mismo nombre, que dirige el distinguido profesor Sr. Fernandez Aren, ha alcanzado en los exámenes de fin de curso un resultado en extremo satisfactorio. Sólo tres años de existencia cuenta este establecimiento de instrucción, y en ese corto tiempo ha logrado conquistarse, por sus brillantes resultados en la enseñanza, una justa y legítima reputación. Para que pueda formarse idea del esmero y acierto con que está dirigido el colegio de que nos ocupamos, cuyo espacioso local reúne por otra parte condiciones inmejorables de higiene y salubridad, basta que nuestros lectores pasen la vista por el siguiente cuadro, que es el más elocuente testimonio de nuestras aserciones.

Por él se demuestra que en los tres cursos citados, los 4, 10 y 6 alumnos reunidos respectivamente en todos ellos, han obtenido 14 notas de sobresaliente, 18 de notable, 4 de bueno, 11 de aprobado y 3 menciones honoríficas, por este orden:

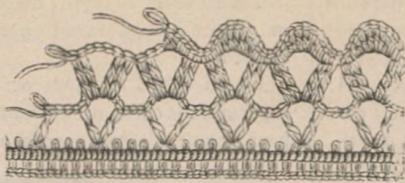
CURSO.	Alumnos matriculados.	CALIFICACION.				
		Sobresaliente.	Notable.	Bueno.	Aprobado.	Mencion honorífica.
1875 á 76.....	4	5	3	"	"	2
1876 á 77.....	10	7	8	"	10	1
1877 á 78.....	6	2	7	4	1	"

El único alumno preparado en 1876 para el ingreso en la Academia de infantería alcanzó el núm. 5 entre más de 500 aspirantes.

Notase que entre los seis alumnos matriculados en este último curso, se han examinado de todas las asignaturas que abraza la segunda enseñanza, excepto las del

último año. Ante resultados tan brillantes, toda recomendación por nuestra parte sería viciosa.

Nos duele, sin embargo, que un establecimiento tan notable, que reúne tan ventajosas condiciones por su capacidad y desahogo, y dirigido por una persona tan competente como el Sr. Fernandez Area, cuyas publicaciones sobre enseñanza y su dilatada práctica en este ramo, le han conquistado un alto y merecido concepto en el profesorado español, nos duelen repetimos, y nos extraña sobremanera, que no cuente, como parecía natural, con mayor número de alumnos, por lo menos, los suficientes para recompensar los grandes sacrificios y perseverantes esfuerzos de su ilustrado Director.



28. Puntilla de crochet y trencilla.

Por eso llamamos muy especialmente la atención de los padres de familia, y creemos prestarles un buen servicio dándoles á conocer, por sí lo ignoran, el establecimiento á que nos referimos.

CORRESPONDENCIA.

París.—Puede V. utilizar su vestido de muselina de lunares, haciendo un vestido princesa con plastron de faya azul y mangas también azules. Lazos azules pueden completar su adorno. El mejor adorno para un vestido de



31. Paletot sobre-polv. (Véase el núm. 23.)

granadina calada ó cualquiera otra tela ligera con los encajes.

En medio de mis hijos y mis nietos.—Una señora de edad avanzada, no debe adoptar el vestido corto ni aun para las excursiones campestres. Lo que más puede permitirse es que toque al suelo. Me aseguran que el mejor específico contra el escorbuto y afirmar las encías, es el espíritu de coclearia, que se hace del modo siguiente: Se toman cinco libras de hojas de coclearia y una de raíces frescas de rabano silvestre, cortando dichas raíces lo más menudo que sea posible, y machacando las hojas en un mortero. Despues se pone todo en infusión en tres libras de espíritu de vino, y á los cuatro ó cinco dias se destila al baño de María para obtener

tres libras del líquido, el cual es un espíritu ardiente de coclearia.

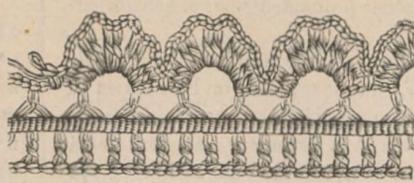
**

Hemos recibido un elegante folleto titulado La Granja del Retiro, cuyo autor es el entendido publicista D. José Vazquez Brabo.

Siendo la materia de que trata de interés general, pues como dice su autor, nada puede haber más conveniente que establecer un centro de instrucción, fo-



27. Porta-paraguas. (Véase el núm. 26.)



29. Puntilla de crochet y trencilla.

presentan para llevar á cabo tan utilísima mejora.

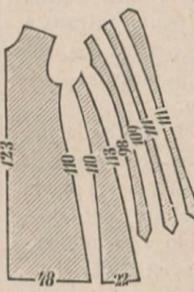
Explicacion del figurin 1320.

FIG. 1.ª Traje de paseo y visitas.—La falda está figurada por medio de un volante plisé, sobre el cual otro más pequeño y cinco biases figuran túnica. Los paños que se han cortado más largos van recojidos en tres anchos pliegues. El vestido, abotonado por delante, solo abre en el busto. Por detrás, un pequeño cuadrado drapeado y sostenido por un gran lazo de los dos colores se abre en abanico sobre la cola. Mantilla española de encaje, prendida con camelias encarnadas; guantes largos.

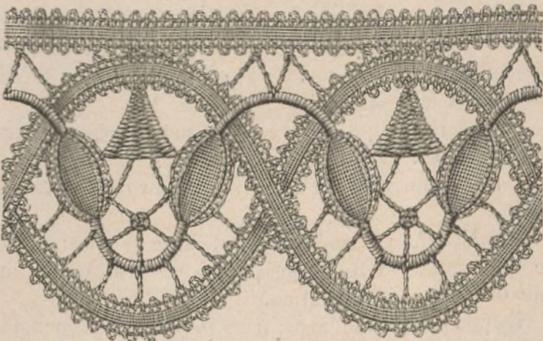
FIG. 2.ª Traje para recepción ó teatro.—Vestido princesa de faya ó foulard boton de oro, cerrado con trencilla por detrás y cubierto de una túnica de malla de seda negra perlada. Un lazo botón de oro recoge el vuelo de la cola, descendiendo sobre ella en muchas lazadas. Ramo de rosas té con follaje en el centro del rodete, ca-



32. Paletot sobre-polv. (Véase el núm. 33.)



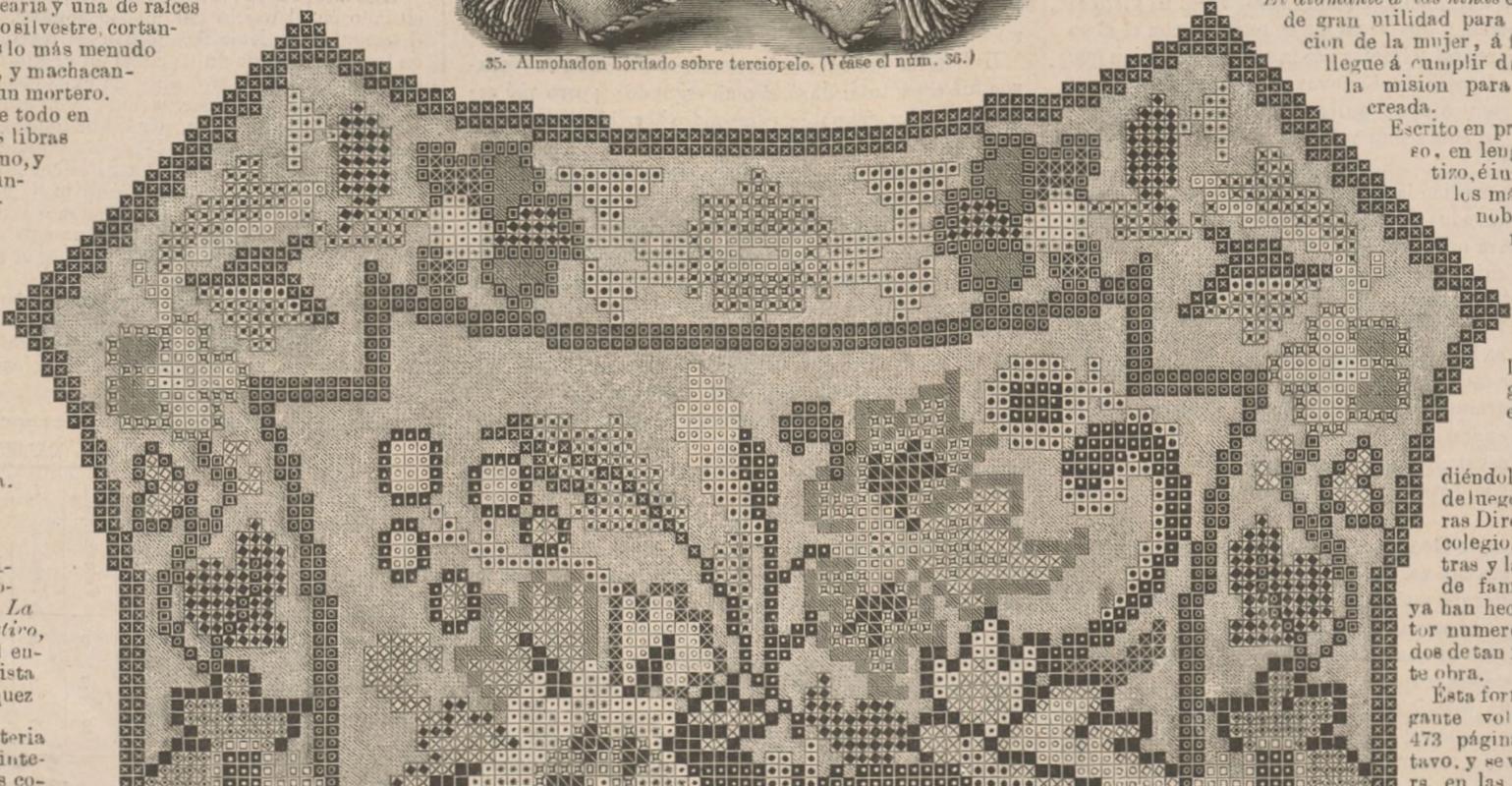
33. Croquis para el paletot núms. 31 y 32.



30. Encaje irlandés.



35. Almohadon bordado sobre terciopelo. (Véase el núm. 36.)



36. Dibujo para el almohadon núm. 35. Pensamiento, pensamiento marrón, marrón claro, marrón más claro, blanco, oliva, oliva clara, oliva más clara, gris, amarillo, verde azul, verde azul claro, azul oscuro, azul claro, rosa escuro, rosa claro, rojo oscuro, rojo claro.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición recibirán el FIGURIN ILUMINADO 1320.

Editor-propietario, Carlos G. S. i.

Tip. de G. Estrada, Doctor Fourquet, 7.

Administracion: Montera, 11, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

Núm. 27

SUMARIO. Tot.—Vestido de encaje muselina para niño.—Vestido Sombreros pa...

REV...

Los detalles exhiben en el dero llamando a las damas que natural, predilecto de este departamento, empiezan, y aunque voló de lo que dole de no obliga á dar útil parece así lo hace como me comunicó á la exposición concurrido francesa; la quizá, demando, ó se han podrían riv ventiva y d francesa, y pensado la ciudad de las ciencias ha concurrido, á la exposición lencería, y me escribe, seda, en g dignos de lo como su le hechuras y con los ejec cesas.

Teniendo nos en traje da francesa momento rítes de la h los vestidos cen, son tra ra recibir e de una escer toda ponder misma per estos datos travío de su clama: "¡F mostrar á l que una fra usar!" El o sion; las pl ros, sin nú que se ven nacho, en a leria de n muestra de n naval. Por que constar llas galería últimas pre da, ostenta gancia, y cintas de d Otro tanto texto de la lo mismo e mismo en l Siguen h a, en epin

llenar un gran vacío en la enseñanza, comprendiéndolo así desde luego las señoras Directoras de colegio, las maestras y las madres de familia, que ya han hecho al autor numerosos pedidos de tan importante obra.

Esta forma un elegante volumen de 473 páginas en octavo, y se vende á 10 rs. en las principales librerías.